

Recontar el pasado cercano

Isabel de Armas

En este libro, coordinado por José Álvarez Junco y Mercedes Cabrera, convergen 25 autores procedentes del ámbito de las ciencias sociales, la historia y el periodismo que analizan los temas centrales de la obra de uno de nuestros grandes historiadores actuales. Grande, renovador, valiente y polémico, por haber sido, y ser, un defensor insobornable de una «historia razonada», más preocupado siempre por la ciencia que por la propaganda ideológica. Juliá nunca se ha caracterizado por ser un intelectual cómodo, al concebir el fenómeno histórico como fundamentalmente crítico: «la historia –dice textualmente- es crítica de los relatos míticos, huye de la sacralización del pasado».

Al contemplar la obra de este renovador intelectual en su conjunto, lo primero que podemos comprobar es que cada uno de sus trabajos de investigación va enlazando con el siguiente, hasta llegar a abarcar el siglo XX en su totalidad. Estos trabajos pueden agruparse en tres grandes bloques. El primero trata de la España del primer tercio de siglo; el segundo es el dominado por el franquismo; y finalmente, el que tiene como eje y marco la democracia. Dentro de estos bloques básicos, en su obra destacan cuatro temas clave: Madrid, Azaña, el socialismo y la Transición. Sobre estos cuatro temas reflexionan los 25 autores del presente libro.

«Desde la atalaya de 1930 –escribe Javier Moreno Luzón, catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos-, Santos Juliá otea y describe las transformaciones

José Álvarez Junco y Mercedes Cabrera (DDS.): *La mirada del historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá*, Taurus Pensamiento, Madrid, 2011.

socioeconómicas del primer tercio de siglo en toda España, pero antes y con mayor profundidad en Madrid, la capital, que ha colocado en el centro de su labor investigadora». Algo poco corriente, pues los estudiosos ubicados en las universidades madrileñas suelen preferir temas de ámbito nacional. Para Moreno Luzón, Juliá ha conseguido sacar la historia de Madrid de los círculos eruditos y casticistas en que estaba encerrada y ha elaborado una auténtica historia social y política de la ciudad. También muestra cómo se convirtió en cabeza de la jerarquía urbana española gracias al ferrocarril, cómo afluyeron a ella las empresas y los bancos, hasta erigirla en *capital del capital*, cómo diversificó su industria y obtuvo el grado añadido de capital cultural. Y todo eso se hizo sin que esta urbe perdiera su característico carácter popular. Por su parte, Juan Sisinio Pérez Garzón, catedrático de Historia Contemporánea, destaca los cuatro momentos claves en este crecimiento de Madrid como eje de la sociedad española. En primer lugar, el momento de la desamortización de conventos y solares por Mendizábal. El segundo se desarrolló con la revolución democrática de 1868, cuando las clases medias se plantearon hacer de Madrid la capital burguesa y próspera, similar a las demás grandes capitales europeas. El tercer momento se dio en el primer tercio del siglo XX, cuando la capital de España se convirtió en centro comercial, financiero, político y cultural. «Esa fase culminó en 1931 –escribe Pérez Garzón–, cuando los votos y la fiesta del pueblo madrileño arrumbaron a la monarquía para hacer de Madrid capital de España por ser capital de la república». Y finaliza afirmando: «El Gran Madrid pensado por los republicanos devino «Capital del Estado» en la Constitución de 1978 y metrópolis del capitalismo nacional e internacional en el presente».

El gran programa de Azaña

Si las lecturas de Karl Marx y sobre todo de Max Weber fueron puntos de referencia importantes en la formación del joven historiador, el descubrimiento de Azaña supuso la lectura que despertó su interés por la historia reciente de España. Fue Ramón Carande quien le recomendó las obras completas de don Manuel

editadas por Juan Marichal. «Lo que se deducía de las palabras de Azaña –escribe Mercedes Cabrera, catedrática de Historia del Pensamiento– chocaba con el relato de la gran cruzada contra la anti-España en el que él y su generación se habían educado, abruptamente cortados del pasado inmediato. Contra todo lo que habían escuchado, aquel tiempo se le mostraba de pronto como digno de ser descifrado».

En el discurso de Azaña, Juliá descubre varias fases: el Azaña revolucionario de 1930, que participa en el derrocamiento de la monarquía por el «pueblo», iniciando así una nueva etapa de la historia de España; el Azaña reformador del Estado, con un proyecto de república y un programa de gobierno que significaban una «ruptura radical con la vieja política y el viejo Estado»; el Azaña demócrata intransigente y radical, que condena las viejas prácticas encarnadas en el recurso al jefe del Estado para derribar a un gobierno que gobierna con el Parlamento; y el Azaña que en 1935 vuelve a ponerse al frente del movimiento popular para rescatar la república e incorporar a la clase obrera evitando el virus maligno de la revolución social. «Y, por último –concluye la profesora Cabrera–, el Azaña que se levanta para defender la legitimidad del Estado republicano frente a la sublevación militar y para impulsar iniciativas de paz negociadas».

Considerado como el más importante historiador del socialismo español, Santos Juliá comenzó a trabajar este tema en la década de 1970, y lo hizo con dos libros, uno de los cuales tenía como objeto el grupo que rodeaba a Largo Caballero en los momentos finales del periodo republicano, *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, mientras que el segundo se refería a los *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*. Manuel Pérez Ledesma, catedrático de Historia Contemporánea, puntualiza: «La elección de las fechas resulta bien llamativa». Y es que, en lugar de empezar la historia de la corriente socialista por el momento en el que un pequeño grupo de trabajadores se reunió con el fin de fundar un partido socialista obrero, su análisis comenzaba por el final, por los momentos más conflictivos de la trayectoria del socialismo durante la Segunda República. La razón es que Juliá quiere dejar clara su dura crítica contra la corriente socialista que encarnaba Araquistáin en el terreno intelectual, y Largo Caballero en el polí-

tico. «Frente a la beatería y el tono hagiográfico de muchas de las investigaciones sobre el movimiento obrero publicadas en la década de 1970 –escribe Pérez Ledesma–, el libro tenía algo de diatriba contra las dos figuras mencionadas». Juliá considera a Largo Caballero y a sus seguidores, no culpables del estallido del conflicto, pero sí elementos activos en impedir la estabilización de la república.

En cuanto a su visión de la Transición, Santos Juliá desarrolla su trabajo en torno a varias ideas sustanciales, que Juan Pablo Fusi, catedrático de Historia Contemporánea, resume así: La Transición (para Juliá, una «reforma como ruptura pactada») como consecuencia de la gran transformación de la década de 1960, periodo crucial de nuestra historia; Transición como resultado del aprendizaje de la democracia que hizo la sociedad española en su conjunto a lo largo de la dictadura de Franco; Transición como fin del discurso de la guerra, como reconciliación y nueva convivencia nacional; y Transición como un proceso abierto, difícil, frágil, convulso, exitoso, pero jalonado de no pocos acontecimientos azarosos y dramáticos. Para el profesor Fusi, la obra de Santos Juliá sobre la Transición proporcionó, desde su aparición, ideas, hipótesis, interpretaciones y formulaciones imprescindibles para el debate de la historia.

Talante flexible y pluralista

Los 25 autores del presente libro cantan las glorias a la mirada de este polémico historiador que, sin lugar a duda, se las merece por sus importantes aportaciones al estudio de nuestra más reciente historia. Entre estas cantadas glorias, cabe destacar las siguientes.

Gloria por hacer historia desde abajo. «Habíamos interiorizado que la historia había que interpretarla y hacerla desde abajo», dice Fernando Rey, catedrático de Historia del Pensamiento. Esto quiere decir, mirando a los grupos amplios y no a los individuos eminentes, y sintiéndose obligados a buscar en el pasado explicaciones causales, situando en el centro del relato no al Estado sino a la sociedad. También había que optar por un discurso

más analítico que narrativo. «Todo ello –especifica el profesor Rey- para alcanzar el ansiado maná de lo que se nos presentaba como el gran paradigma que habría de arrumbar definitivamente los viejos modos de enfrentarse al pasado: la *historia total*, una historia que, sin embargo, no acabábamos de ver por ningún lado a pesar de buscarla por todos los rincones de nuestro mercado académico».

Gloria por su talante flexible, pluralista y con una posición teórica alejada de todo dogmatismo, «de ahí –escribe el profesor Rey- el rechazo que nuestro autor siempre ha concitado entre los guardianes de las verdades cerradas y los partidarios de las pinturas en blanco y negro, a diestra y siniestra (*franquistas y neofranquistas, frentepopulistas y memorialistas*), muy crecidos últimamente al socaire del retorno de la *historia de combate*». Juliá insiste en que «en este oficio estamos abocados al pluralismo epistemológico y al debate permanente. Los tiempos de los grandes paradigmas totalizadores están pasados y bien pasados». Insistimos en que el historiador al que se homenajea en este libro es lo más opuesto a cualquier tipo de maniqueísmo. José Álvarez Junco es quizás el que más apoya este argumento y lo expresa así: «Se comprende que haya recibido tantos y tan iracundos ataques por parte de unos y otros; de todos los que no aceptan la complejidad del pasado y siguen empeñados en relatos maniqueos, en películas de buenos y malos. Santos Juliá demuestra tener no solo profesionalidad, inteligencia y capacidad de matización, sino también un gran valor cívico».

Gloria por no haber sido nunca un intelectual cómodo, al haber transitado, políticamente, de una política de fe a una política del escepticismo. «En la actualidad –escribe Pedro Carlos González Cuevas, profesor de Historia de las Ideas Políticas-, estima que un proyecto de izquierdas debe desechar cualquier alternativa de cambio radical o revolucionario y aceptar la democracia como un horizonte irrebalsable de la política, lo mismo que la economía social de mercado, es decir, el capitalismo». «A su entender –añade el mismo profesor-, lo que ha quedado de la izquierda es la consolidación del Estado social o del bienestar. Un escepticismo que se extiende igualmente al campo historiográfico: nada de visiones teleológicas de la historia, incluso en su débil versión de

la última instancia; nada, pues, de determinismos ni de aceptar el pasado como inevitable».

Gloria por su dominio de la expresión crítica. Giuliana di Febo, catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Roma, lo manifiesta con contundencia: «La atención al lenguaje, su distanciamiento de la *vulgata* corriente y de los paradigmas dominantes, apoyados en el rigor analítico y argumentativo, junto a la calidad cultural del modelo interpretativo, hacen de Santos Juliá una referencia obligada para los estudiosos del siglo XX».

En bien fundada opinión del catedrático de Historia Contemporánea, Juan Pablo Fusi, la obra del historiador homenajeado ocupa un lugar central en la evolución de la historiografía española a partir de la década de 1970. «Esta no es una afirmación convencional o protocolaria –escribe-. La obra de Santos Juliá expresa muy bien eso que en otros sitios he llamado «giro historiográfico» que se produjo en España desde mediados de los años cincuenta del siglo XX –que no fue un «giro historiográfico» español sino general, y que fue además inseparable del desarrollo que experimentaron paralelamente las ciencias sociales: economía, sociología, ciencias políticas, etcétera- y que, por lo que a nosotros nos interesa, implicó un profundo cambio conceptual y temático en la forma de analizar España y su historia».

El siglo XX ha sido el tiempo preferido de Juliá, al cual ha dedicado multitud de artículos y una gran lista de libros. Pablo Martín-Aceña, catedrático de Historia Económica nos recuerda que la monarquía, la república, la dictadura y la democracia han sido objeto de su penetrante análisis, como historiador y como científico social. Este profesor puntualiza: «A todos los grandes protagonistas que habitaron la pasada centuria les ha dado voz: conservadores, liberales, militares, reformistas, republicanos, socialistas, radicales, sindicalistas, fascistas, católicos; también a los intelectuales como abigarrado grupo capaz de influir en los grandes acontecimientos; todos, como el mismo Juliá se ha ocupado de recordarnos, disfrutaron de su ocasión y a todos les llegó alguna vez su hora para tejer, incluso destejer, la historia de España».

Espero que el lector disfrute de la lectura del interesante viaje que estos 25 autores han realizado por la obra del gran Santos Juliá ©